
ACTO ÚNICO

La escena, dividida, representa en un lado un salón elegante. Dos lámparas encendidas. Fuego en la chimenea. En el otro un comedor, en el que está servida la mesa.

ESCENA PRIMERA

LATOURNELLE solo. (*Pasea á través del salón con aire preocupado, deteniéndose de cuando en cuando para mirar la hora en su reloj.*)--(*Entra Bautista, y deja algunos periódicos sobre un velador.*)

LATOURNELLE

¿Han vuelto las señoras?

BAUTISTA

La señora de Vernage ha llegado en este instante, pero la señora no ha vuelto aún.

(*Sale Bautista. Latournelle empieza de nuevo su paseo. A los pocos minutos entra la señora de Vernage.*)

LA SEÑORA DE VERNAGE

¡Buenos días, querido! (*Latournelle saluda con frialdad.*) ¿No ha vuelto aún Odeta?

LATOURNELLE

No, señora.

LA SEÑORA DE VERNAGE (*reclinándose en un diván.*)

¡Pobrecilla! Verdad es que no son más que las siete.

LATOURNELLE

Sí... y ¡como no está fuera más que desde las doce!

(*La señora de Vernage coge una labor de crochet, y se pone á trabajar sin responderle.*)

LATOURNELLE (*vuelve á dar algunos paseos por la habitación, y deteniéndose de pronto ante su suegra.*)

Decid, señora. ¿Qué género de vida es el que lleva vuestra hija?

LA SEÑORA DE VERNAGE (*con calma.*)

Lleva una vida muy agradable, querido; hace visitas; va con frecuencia á hacer compras al *Louvre*, al *Bon-Marché*, al *Printemps*... y también suele visitar, en mi compañía, todo cuanto es digno de ser visitado; los Museos, las Exposiciones, etc.; porque, á Dios gracias, tengo mucho gusto en poder acompañarla á todas partes desde que vos habéis dejado de dispensarla ese honor... durante el día al menos...

desde que se os metió entre ceja y ceja incomodaros con ella, ¡no sé por qué!

LATOURNELLE

¡Oh! sí; sí sabéis por qué, señora mía... Durante la primera época de nuestro matrimonio he sido un marido perfecto para Odeta, y sería injusto que no confesase que la conducta de ella nada dejaba entonces que desear... Pero luego, desde hace siete ú ocho meses, mi mujer parece un caballo desbocado... Recorre, como una loca, todo París, desde por la mañana hasta por la noche... Sale de casa al amanecer y vuelve tan sólo á las horas de las comidas y con prisas... Cuando trato de preguntarle acerca de lo que hace, sus respuestas son vagas, dificultosas... y si bien es cierto que no han llegado á inquietarme hasta ahora, no lo es menos que me parece muy extravagante su conducta.

LA SEÑORA DE VERNAGE (*que continúa trabajando tranquilamente.*)

Reunid vuestros recuerdos, querido... Vuestra mujer no ha empezado ese género de vida, que tanto os disgusta, hasta el día en que la abandonásteis á sí misma, haciéndola notar el profundo desprecio que os inspiraba... Hasta el día en que parecíais huir de su compañía y evitar su conversación... Hasta el día en que yo misma he observado que os aburríais ó fingíais aburriros estando á su lado, cosas que no podían agradar en modo alguno á una mujer joven.

LATOURNELLE

¿Y quién tiene la culpa de que nuestras conversaciones fueran imposibles... de que vuestra hija no encontrase palabras para responderme cuando yo la hablaba?...

LA SEÑORA DE VERNAGE

¡Claro, la hablabáis de política!

LATOURNELLE

La hablaba de política... de literatura... de bellas artes... de historia... de ciencias naturales... en una palabra, llamaba á todas las puertas y todas las encontraba igualmente cerradas... ¿Quién tiene la culpa de eso, señora?... Yo no conocía á vuestra hija cuando me casé con ella... casi nunca se conoce más que muy superficialmente á la mujer con quien uno se casa... pero vos, señora... vos la conocíais perfectamente... y á mí también me conocíais... Sabíais que, sin ser enemigo de las distracciones mundanas, era un hombre de gustos serios, un hombre ilustrado... una inteligencia cultivada...

Sabíais, por otra parte, que vuestra hija, bien dotada por la naturaleza en cuanto á sus prendas físicas, era una persona de gustos enteramente frívolos, desprovista de toda cultura intelectual, sin instrucción de ninguna especie, incapaz, en fin, de sostener una conversación interesante... ¿Cómo pudísteis creer que la unión de dos seres de tan diverso modo de pensar y de sentir pudiera ser dichosa?

LA SEÑORA DE VERNAGE (*con frialdad*).

Como he educado yo misma á mi hija, no he podido enseñarla más que lo que yo sabía.

LATOURNELLE

Pues precisamente eso es lo que os reprocho, señora mía... Vos no debíais ignorar que hoy día se exige á las jóvenes una instrucción que no exija la generación á que vos pertenecéis... Comprendiendo, por consiguiente, vuestra insuficiencia, debíais haber dispuesto que os auxiliasen en vuestra tarea algunos profesores hábiles, porque la verdad es que siento profunda curiosidad de saber qué es lo que habéis enseñado á vuestra hija... ¡Ni siquiera sabe la Historia Sagrada!... Recuerdo que un día, en el Museo, me preguntó lo que representaba un cuadro... Yo la dije que era una Salomé... "¿Salomé? ¿Y qué quiere decir eso?," — me preguntó vuestra hija... — Los que estaban á nuestro lado se echaron á reír... es natural... ¿Y creéis que estas cosas no mortifican á un marido y no le quitan el gusto para llevar á su mujer á los Museos ni á ninguna otra parte?

LA SEÑORA DE VERNAGE

Os confieso que, al enseñar á mi hija la Historia Sagrada, no creí necesario insistir mucho acerca de Salomé.

LATOURNELLE

La verdad es que, con vuestras antiguas costumbres aristocráticas y vuestro fanatismo reacciona-

rio, profesáis un santo horror á todos los progresos modernos, y en particular á los liceos, recientemente creados, para la instrucción de las jóvenes... ¡Qué lástima que no os ocurriera la excelente idea de poner á vuestra hija en uno de esos admirables establecimientos!...

LA SEÑORA DE VERNAGE (*dejando bruscamente la labor*).

Si hubiera puesto á mi hija en uno de esos establecimientos, hubiera creído cometer un crimen para con su futuro marido.

LATOURNELLE

¿Pensábais, pues, casarla con algún ignorante ó algún necio?

LA SEÑORA DE VERNAGE

Pensaba, por el contrario, casarla con un hombre instruído y de talento, y quería reservar á ese hombre el precioso privilegio de cultivar por sí mismo, ó al menos de perfeccionar á su gusto, la inteligencia de su mujer. Abrigaba la esperanza de que ese hombre comprendería toda la dulzura y toda la fuerza que añaden á los lazos del matrimonio esas relaciones cariñosas entre maestro y discípulo. Hubiera creído cometer una falta quitando por anticipado á mi yerno el prestigio de su superioridad á los ojos de su joven esposa... porque si una mujer no admira á su marido, podéis creer que no le ama mucho... Preciso es, por lo tanto, que reconozca que su esposo es un sér superior, una especie de arcán-

gel que se digna colocarla sobre sus alas, para ir la elevando poco á poco en el luminoso espacio... ¡Vos no tenéis idea de lo que semejante enseñanza, apenas sensible, y que parece no ser más que una forma algo más seria del amor, impresiona, entenece, atrae el corazón de una mujer!... ¡Pero no! ¡Vos hubierais querido que vuestra esposa saliese de un liceo como un objeto de arte enteramente perfilado y concluído, como Minerva del cerebro de Júpiter... ¡Ah, Dios mío! Ya sé yo que el sistema que se ensalza en la actualidad es el de completar en absoluto la educación de las mujeres antes de que se casen... Pero dispensad que os pregunte si, al formar así, en una especie de molde oficial, la inteligencia y el corazón de una joven, estáis bien seguro de no ponerla, por adelantado, en contradicción con el que ha de ser su esposo... de que no ha de causarle desagrado que ella haya adquirido esos conocimientos... ¿No puede, por otra parte, ocurrir que la desigualdad se manifieste entonces en perjuicio del marido, que sufriría por ello un disgusto, en tanto que la mujer no podría librarse de sentir un secreto desprecio por su dueño y señor?... En una palabra: teniendo en cuenta todas estas consideraciones y otras varias que me reservo, he creído y creo que una madre debe completar hasta la perfección la educación moral de su hija; pero no debe hacer más que esbozar su educación intelectual, preparando el terreno á su futuro marido... Ese he creído que era mi deber... y lo he cumplido... Permitidme que os pregunte si habéis cumplido vos el vuestro.

LATOURNELLE

Y yo os pregunto á mi vez. ¿Sabéis qué cara hubiese puesto vuestra hija si yo hubiera pretendido imponerla dos ó tres horas de clase todas las mañanuas?... ¡Porque es lo menos que hubiera necesitado!

LA SEÑORA DE VERNAGE

No se trataba de darla clase... Se trataba de aprovechar, uno y otro día, en el curso ordinario de la vida, las ocasiones de extender sus conocimientos, de rectificar sus juicios, de formar sus gustos, de educar su pensamiento... y esas ocasiones no faltan ciertamente en París.

LATOURNELLE

¡Oh! ¡señora! Me habéis puesto en el caso de tener que tocar un punto muy delicado... Respeto vuestras ilusiones maternas... pero creo que las exageráis un poco... y hasta un mucho... acerca de las aptitudes de vuestra hija... Es tan frívola que, por mi parte, la creo incapaz de ningún estudio serio.

LA SEÑORA DE VERNAGE

¡Me hacéis reír, querido yerno!

LATOURNELLE

Pues á mí maldita la risa que me causa eso... porque la frivolidad llevada al extremo, como la lleva vuestra hija, no es tan sólo una ridiculez... es un peligro... un desorden moral, que conduce fatalmente

á la mujer al olvido de todos sus deberes... ¿Conocéis á muchas que sean honradas entre esas casquivanas agitadas que pasan la vida recorriendo las tiendas, coqueteando en los alrededores del lago y atracándose después de emparedados, de *foies-gras* y de Málaga interin llega la hora de comer?... Pues lo son muy pocas... ¡En fin, señora, para que no ignoréis nada, os diré... que vuestra hija está en camino de perder mi confianza... ó, por mejor decir, que la ha perdido ya!...

LA SEÑORA DE VERNAGE

¡Ah!

LATOURNELLE

Sí; la ha perdido, porque no es sólo frivolidad y ligereza lo que se observa en su actual género de vida... hay también cosas misteriosas... equívocas... Odetá no es franca conmigo... me consta que me ha engañado más de una vez al preguntarla en qué había empleado el tiempo... La veo además encerrarse frecuentemente en su cuarto... tiene cajones secretos... en los que oculta indudablemente algo... las cartas que escribe... ó las que la dirigen tal vez... Hace tres días entré en su habitación sin avisarla previamente, y la vi encerrar con precipitación un diluvio de papelotes en uno de esos muebles... Observé también que enrojeció hasta la raíz del pelo...

LA SEÑORA DE VERNAGE

¡Ah! ¡Esto es ya demasiado! ¡No puedo sufrir más!... ¡Vos sí que váis á enrojecer hasta la raíz del

pelo!... ¿Sabéis lo que oculta en esos cajones con secreto esa mujer frívola, pueril, incapaz?... Pues lo que oculta es un título de maestra elemental... que ha obtenido en los últimos exámenes.

LATOURNELLE (*estupefacto é incrédulo*).

¡No!... ¡Quiá!... ¡Imposible!

LA SEÑORA DE VERNAGE

Posible y bien posible... y no es eso todo... En la actualidad se está preparando para obtener el título de maestra superior en los exámenes de julio... Ya sabéis, pues, en lo que emplea el tiempo desde hace siete ú ocho meses... lo emplea en asistir á las clases... y cuando se encierra en su cuarto, lo hace para tomar notas, para estudiar, para dibujar... No, no, no tratéis de ocultar esas lagrimillas que se deslizan por los ángulos de vuestros ojos... ellas me hacen olvidar vuestras impertinencias de hace un instante... (*Cogiéndole las manos.*) ¡Ah!... ¿Conque érais muy desgraciado?

LATOURNELLE

Sí, muy desgraciado.

LA SEÑORA DE VERNAGE

¿Amáis, pues, un poco, á pesar de todo, á mi destable hija?

LATOURNELLE

¡Oh! ¡mucho!
(*La besa la mano.*)

LA SEÑORA DE VERNAGE

No... no es á mí... no es á mí... á quien debéis agradecerse... es á ella sola. Yo no era de esa opinión; encontraba muchos inconvenientes y dificultades para llevar á cabo su proyecto... pero ella lo ha exigido. "Haciéndolo así—me dijo,—no tendrá disculpa..., (*Escuchando.*) ¡Ya vienel... Se va á desesperar cuando sepa que la he hecho traición... Quería reservar esta sorpresa hasta que obtuviera el título de maestra superior.

ESCENA II

ODETA (*entrando*).

¡Heme aquí!... Me he retrasado un poco... (*Se interrumpe al notar la actitud de su madre y su marido y dice á media voz*): ¿Qué ocurre?

LA SEÑORA DE VERNAGE

Me vas á regañar, hija mía... pero tu marido había concebido tan extrañas ideas... encontraba tan misteriosa tu conducta... sufría tanto... que he tenido que decírselo todo.

ODETA

¡Oh! ¡mamá!

LATOURNELLE (*abriéndola los brazos*).

¡Abrazame! (*Odetase arroja en sus brazos muy conmovida.*) ¡Querida mía!... ¡Qué bien se está así!

ODETA

¿Estás contento?

LATOURNELLE

¡Mucho!

BAUTISTA (*apareciendo en el fondo*).

¡La señora está servida!

*(Pasan al comedor. Entran los tres en él hablando alegremente. Luego se sientan á la mesa. Bautista va y viene con los platos.)*LATOURNELLE (*riendo*).

Lo que más me admira es que ninguna de tus amigas me haya revelado tu secreto...

ODETA

Es que no lo sabían.

LATOURNELLE

¡Ah!

ODETA

¡Pero no puedes figurarte el cúmulo de argucias y de mentiras á que he tenido que apelar!

(Empiezan á comer.)

LATOURNELLE

Me enseñarás tus cuadernos... tus notas... ¡Su lectura me agradará muchísimo!

ODETA

Todo lo que tú quieras.

LATOURNELLE

¿Y piensas efectivamente aspirar al título de maestra superior?

ODETA (*muy animada*).

¡Ya lo creo!... ¡Y espero conseguirlo!

LATOURNELLE

¡Ya sabes que son muy rigurosos los exámenes para obtener ese título!

ODETA

Sí; ya lo sé... pero trabajaré cuanto sea necesario... Además, tengo los mejores profesores... Monsieur Chevreau-Lambert de gramática francesa y literatura...

LATOURNELLE

¡Ah! ¡Chevreau-Lambert!... ¡Cáspita!

ODETA

El mismo... Mr. Renaudot de geografía y de historia... Mr. Tellier de ciencias... Hamel Druot de dibujo... en fin, la flor del profesorado.

LATOURNELLE

¡Pues no estarán descontentos esos señores! (*A la señora de Vernagé.*) ¿Y acompañáis vos á Odetá á las clases?

LA SEÑORA DE VERNAGÉ

A algunas la acompaño... á otras no... según los profesores que las explican...

ODETA

Y has hecho muy bien en no ir esta tarde á casa

de Renaudot... Estábamos una quincena de alumnas en aquel saloncito tan pequeño, con la chimenea encendida y las luces de gas también... Yo creí que me asfixiaba... Faltaba oxígeno en aquella atmósfera... pero abundaban, en cambio, el ázoe y el ácido carbónico.

LATOURNELLE

¡Ah! ¡Ah! ¡Bravo, bravo!... Ya veo que has aprendido química...

ODETA

¡Oh! Las cosas más elementales nada más... Anda, hazme algunas preguntas... pero que no sean muy difíciles.

LATOURNELLE

¿Algunas preguntas?... ¿De química?

ODETA

Sí.

LATOURNELLE

¿Para qué?... No vale la pena... Creo en tu palabra.

LA SEÑORA DE VERNAGE

Puesto que la complacéis, haciéndoselas...

LATOURNELLE (*turbado.*)

Bien... Vamos á ver... ¿Qué es el gas?

ODETA

¿Qué gas?

LATOURNELLE

El gas del alumbrado...

ODETA

Es hidrógeno.

LATOURNELLE

Perfectamente... Basta... basta.

ODETA

¿Quieres darme un poco de cloruro de sodio?...
(*Latournelle, después de vacilar un momento, acerca á su mujer una botella de agua mineral que tiene á su lado.*)

ODETA

No, Enrique, no... ¡Te pido el cloruro de sodio, y me das el agua de Saint-Galmier!... El cloruro de sodio... la sal, es lo que deseo.

LATOURNELLE

¡Ah!... El cloruro de sodio... tómalo (*la da el salero*). Y en historia, ¿estás tan fuerte como en química, querida mía?... ¡Creo que no exigen más que la historia de Francia en esos exámenes!

ODETA

En los del grado elemental, sí... pero en los del superior exigen también la historia universal... y yo he aprendido ya la mayor parte...

LATOURNELLE (*sonriendo.*)

¿Entonces sabrás ahora quién fué Salomé?

ODETA

Ya lo creo... Salomé, hija de Herodiades, la cual

se había casado con Herodes en segundas nupcias, Herodiades era cuñada de Herodes, y su matrimonio con éste, considerado como incestuoso por los judíos, provocó los reproches y los anatemas de San Juan Bautista. En venganza de estas ofensas Herodiades juró la muerte del Apóstol... é hizo que su hija Salomé pidiera á Herodes la cabeza de San Juan. Para conseguirla, Salomé fascinó á Herodes con los encantos de la danza... Según algunos comentaristas, hay motivos para suponer que no se limitó á las seducciones del baile, y que tuvieron lugar relaciones de mayor trascendencia entre ella y su padre político... ¡No parece esto muy correcto; pero en semejante familia todo puede suponerse!...

LATOURNELLE (*que ha ido poniéndose pensativo*).

¿Qué es lo que estás diciendo?... Nunca he oído hablar de tales comentarios...

ODETA

Dice Mr. Renaudot que esta hipótesis es muy verosímil, porque no es posible explicar el sanguinario acto á que Herodes se dejó inducir más que por la violencia de la pasión y del deseo, sobre todo si se tiene en cuenta que dicho Príncipe estaba muy lejos de ser cruel.

LATOURNELLE (*que la ha escuchado con impaciencia creciente*).

¡Cómo!... ¿Qué no era cruel Herodes?... ¿Y la degollación de los inocentes?...

ODETA

Dispensa, querido... creo que confundes á los dos Herodes... El de la degollación de los inocentes, el tuyo, era Herodes el Grande, que empezó á reinar cuarenta años antes de Jesucristo... y el mío, el de Salomé, era Herodes Antipas, hijo del anterior, que empezó á reinar dos años después de Jesucristo.

LATOURNELLE

¿Estás segura?

ODETA

Sí, amigo mío.

LATOURNELLE

La verdad es que la historia de todos esos tiempos es tan oscura...

LA SEÑORA DE VERNAGE (*tosiendo*).

¡Hem! ¡hem!

LATOURNELLE

¿Deciais, señora?

LA SEÑORA DE VERNAGE

No, nada.

LATOURNELLE

Están riquísimos estos timbales de cangrejos... ¡Has debido aburrirte cruelmente, querida Odeta, durante siete meses largos de un trabajo tan serio!...

ODETA

No mucho... Ya sabes lo que ha dicho el poeta:
El trabajo es con frecuencia padre del placer.

LATOURNELLE

¡Ah! ¡de Boileau! ¡Muy bien! ¡muy bien! Pero fuerza es convenir en que el pensamiento que has citado no es de los mejores de su autor.

ODETA

Si no es de Boileau, querido; es de Voltaire.

LATOURNELLE (*algo turbado, pero reponiéndose y afectando reír*).

¡Ah! ¡bravo! ¡No has caído en el lazo!

ODETA

¿Conque era un lazo?

LATOURNELLE

Naturalmente... Quería ver tu seguridad en el conocimiento de los autores. Ya comprenderás que no era fácil que yo me equivocase. Los versos de Boileau son más cadenciosos... y aun el mismo Voltaire estaba más inspirado de ordinario... sobre todo en sus poesías ligeras... Su cuarteto, que acaba

Deslizaos, mortales, sin romper el suelo,
es encantador.

ODETA (*mirándole fijamente*).

¿Es este otro lazo, amigo mío?

LATOURNELLE (*inquieto*).

¡Cómo!... ¡No!... ¿Por qué?

ODETA

Porque ese cuarteto... no es... de Voltaire,

LATOURNELLE

¿Que no?...

ODETA

Es del poeta Roy... que lo escribió al dorso de un grabado que representaba á unos jóvenes patinando:
Sobre un cristal delgado sigue el invierno su camino.
El precipicio se halla oculto bajo el hielo.
Tal es de vuestros tentadores placeres el destino.
¡Deslizaos, mortales, sin romper el suelo!

LATOURNELLE

En fin, sea de quien quiera, lo cierto es que es precioso.

LA SEÑORA DE VERNAGE (*tosiendo*).

¡Hem!

LATOURNELLE

¿Deciais, señora?

LA SEÑORA DE VERNAGE

No digo nada, amigo mío; estoy comiendo tranquilamente.

(*Bautista presenta el plato de asado*).

LATOURNELLE (*algo incomodado*).

¿De qué es el asado?... ¿También de vaca?... No quisiera, querida Odeta, tener que dirigirte repro-